

Colección Ariel

N.º 5

PRECIOS:

El número suelto 10 cénts.
La serie de seis números. . . 50 »
La serie de doce números . . . 1 colón
El abono se hace adelantado

BIBLIOTECA ECONÓMICA

en folletos de 32 páginas

CASILLA 533

CONTENIDO:

	<u>Pág.</u>
✓ LA SEÑORA PAULA <i>de Matilde Serao</i>	1
✓ PSICOLOGÍA DEL GATO <i>de la Sra. Michelet</i>	13
✓ LOS DERECHOS DE LOS HIJOS <i>de Ellen Key</i>	16

Editor:—GARCÍA MONJE

Léase atentamente el estudio "Los derechos de los hijos."

San José, Costa Rica
IMPRENTA DE AVELINO ALSINA
1907



PEQUEÑA CORRESPONDENCIA

O. M., Patarrá.—Recibí abono anual.

Dr. E. E., Limón.—V. M. C., San Pedro de Poás.—C. P. T., A. S., F. G. A., Cartago.—J. A., Aserrí.—Srita. C. Z., San José.—Recibí abono semestral.

C. R. A., San Ramón.—F. S. V., Cartago.—C. C. F., Alajuela.—J. D. F., Santa María de Dota.—A. V. P., Naranjo.—Recibí abono de números sueltos.

A todos, gracias.

G. M.

Los números sueltos de ARIEL se venden á 10 céntimos en la Librería de Font y Cía. De esta casa se mandan también colecciones de los números hasta ahora salidos, (2, 3, 4, 5) á quien las solicite y acompañe el importe correspondiente.

Consígame nuevos suscritores!!

Véase ARIEL N^o 4, anécdota 7^a de Chamfort, página 27, renglón 32 y adónde dice *nuestras gentes...* léase *vuestras gentes...*

PROXIMAMENTE

La faja atigrada, de Conan Doyle.

La vida de los niños, de Paola Lombroso.

Anarkos.—Los Camellos, de G. Valencia.

Escritos filosóficos, de M. Gorki.

Los maestros cantores, de Hoffmann.

Ideales de la Educación anglo-sajona, de Gizycki.

Los bueyes.—La carreta.—El estanque, de M. Magallanes Moure.

La responsabilidad de ser madre...

La siembra.—El Pirulo.—El pantano.—Gente serrana, de Guillermo Labarca Hubertson.

Sub-Sole, de Baldomero Lillo, etc.

COLECCIÓN ARIEL

Nº 5. (*)

MATILDE SERAO

(Una de las más celebradas entre las actuales novelistas italianas. Se distingue por el encanto moral de sus heroínas y por sus tendencias. Es muy artista en sus procedimientos. *Despo il perdono* es una de sus novelas más recientes y más lindas.)

La señora Paula

I

Al inclinarse para tomar el sorbete que Paula le ofrecía, Fulvio se atrevió á decirle mientras la miraba con insistencia:

—Te amo.

—No debes amarme, murmuró ella sin inmutarse y sonriendo siempre.

—¿Y por qué?

—Porque soy casada—repuso la señora. Al oirla, los ojos de Fulvio, que eran de un azul oscuro, relampaguearon apasionados. Mientras tanto ella jugueteaba con las cadenas de oro de eslabones finísimos sembradas de piedras preciosas que resaltaban en sus brazos de una blancura incomparable.

Fulvio, para disimular su enojo, golpeaba el plato del sorbete con la cucharita.

—Vete—murmuró de pronto, irritado,—eres una mujer odiosa á quien detesto.

Paula balanceó con suavidad la cabeza como se

(*) Dedicó especialmente este número á las amables suscriptoras de ARIEL. Creyendo que la lectura de estos escritos de mujeres y otros más que publicará poco á poco, les producirá la satisfacción de ver cómo en todos los países cultos su sexo va ocupando un puesto honroso en el desarrollo general de las ideas.

hace con un enfermo incurable y se alejó del joven.

Los demás invitados se agrupaban alrededor del piano en el cual un maestro joven, pálido, con un copete de cabellos negros sobre la frente, acompañaba el canto de una señorita vestida de blanco, que entonaba con su voz suave una romanza de Bizet (1).

La romanza era de carácter oriental, un cántico caprichoso, á veces lleno de exclamaciones alegres, á veces lleno de largos sollozos. Dos ó tres señoras dejaban deshacerse los sorbetes en sus platos, emocionadas con el delicado lamento de aquella muchacha oriental; el marido de Paula se balanceaba tranquilo, en una mecedora, mirando con ojos distraídos, la esbelta figura de su esposa, toda vestida de negro, resplandeciente de juventud y de belleza.

Fulvio miraba el mar, como absorbido, asomado á una de las cuatro ventanas por donde la fresca brisa marina entraba en aquel hermoso salón.

Paula se puso á distribuir cigarrillos á los jóvenes y á las señoras que se atrevían á fumar.

Aquella mano que presentaba el porta-cigarrillos era tan blanca, tan puras eran las líneas de que estaba formada, que Fulvio se llenó de ternura.

—Perdóname—dijo levantando hacia ella sus ojos suplicantes.

—No tengo nada que perdonar—le contestó Paula con suavidad.

—Soy muy ordinario; tú eres buena, se buena conmigo.

—No, no—y quiso retirarse.

—No permaneces un solo momento á mi lado?—murmuró el joven con tristeza.

—No puedo, Fulvio; aquellos señores necesitan fumar. También mi marido no tiene cigarrillos.

Se acercó sonriendo á su compañero, quien la miraba cariñoso, con el aire satisfecho del hombre

(1) *Jorge Bizet*. Compositor francés. Autor de la ópera *Carmen*. Se distingue su música por la nobleza y el encanto de la melodía.

que posee la felicidad imperturbable, mientras jugueteaba con los dedos finos de su mujer fingiendo que escogía el cigarrillo. Sus ojos se dejaban tantas cosas, tantas cosas de amor; eran tan jóvenes, tan simpáticos, tan bien se congeniaban, que sus amigos los veían con cariño como si fueran dos prometidos. Solo Fulvio, apoyado á la ventana, miraba con envidia aquella escena que lo hacía palidecer.

Poco después Paula que atendía á todo, se acercó al joven y le dijo con amabilidad:

—Tu cigarrillo está apagado, quieres fuego?

—No temes—contestó Fulvio disimulando su desesperación con la más amable de las sonrisas—no temes que haga desaparecer á tu marido?...

—Tu cigarrillo está apagado, quieres fuego?

—Quieres que lo haga desaparecer?

Sin decirle nada, con un gesto de severidad, Paula se separó del joven lentamente como si la hubiese herido con aquellas palabras.

Todos los invitados felicitaban á la señorita Sofía por haber cantado con tanta expresión *les adieux de l'hotesse arabe...* (1)

La delicada señorita, con su aire melancólico, sonreía tristemente.

—¿Le gusta Bizet?—preguntó Sofía á Fulvio, quien se había acercado al resto de los invitados.

—Bizet?...—respondió él como despertando de un sueño.

—Sí; le pregunto si le agrada la música de Bizet

—Bastante,—murmuró Fulvio distraído.

La señorita delicada y melancólica, lo miró repitiendo en voz baja las primeras palabras de la romanza francesa:

—*Puisque rien ne t'arrete...* que él no oyó concentrado como estaba en sus pensamientos.

—...*adieu bel étranger* (2)—concluyó Sofía con dulzura.

Alrededor del piano todos reían. El maestro joven, pálido, con su copete de cabellos negros

(1) En castellano: los adioses de la huésped árabe.

(2) Puesto que nada te detiene... adiós hermoso extranjero.

sobre la frente, recién llegado de Londres, refería á sus amigos napolitanos que las *miss* y las *mistres* inglesas querían á toda costa aprender las patéticas romanzas italianas; imitaba sus gestos y contorsiones con vivacidad, con el brío del napolitano que se venga de la larga estación de nieblas soportada en Londres. Todos reían, especialmente el esposo de Paula; ella, de pie, se hacía aire con su gran abanico de raso negro en el cual un artista fantástico había pintado un paisaje lunar. Notó que Fulvio la miraba con insistencia y, como si la luz excesiva la fastidiase, levantó el abanico tras el cual ocultó su bello rostro.

Fulvio no veía ahora más que el talle elegante en el cual brillaba una multitud de perlas negras y la mano delicada que sostenía el plegador oscuro del abanico: un velo de raso negro le ocultaba el semblante encantador de Paula.

Fulvio tenía los ojos llenos de lágrimas. Sólo Sofía lo miraba con sus ojos melancólicos.

Un delicado sonido de mandolina entró por las ventanas que daban al mar: callaron las risas, todos pusieron atención. El sonido se acercaba. Negro era el mar, en lo alto del cielo negro titilaban las estrellas. A través de las tinieblas que cubrían el mar, una barca pequeña pasaba llevando en la proa una luz roja; dentro de la barca alguien hacía llorar una mandolina; en la oscuridad resaltaba un manto blanco, talvez el vestido de una mujer. Un silencio completo se extendió sobre aquella reunión que pocos momentos antes estaba tan alegre.

—Es una romanza en acción—dijo el maestro de música rompiendo el silencio.

—Un dúo amoroso—agregó un jovencito.

—No turbemos su dicha—observó Paula con suavidad.

—Buenas noches—exclamó el marido de Paula como para contradecir á su mujer—buenas noches, que se diviertan!

Todos los invitados repitieron:

—Buenas noches, buenas noches, que se diviertan.

De pronto la luz se apagó como si se hubiese sumergido en las aguas marinas, la mandolina calló sus lamentos y la barca siguió bogando en vuelta en la oscuridad y en el silencio.

—Mucha soberbia, enamorados!—volvió á exclamationar el marido de Paula.

—Felices ellos!—dijo Fulvio con tristeza.

—Por qué los envidias?—le preguntó el maestro de música.—No tiene Nápoles sus playas llenas de barcas y sus casas repletas de vestidos blancos?

—Hay, por ventura, escasez de mandolinas?—agregó el dueño de la casa.

—Que me importan las barcas, la música y los vestidos blancos! Ellos se aman y es por eso por lo que los envidio.

—Oh, el sentimental, el romántico,—exclamaron dos ó tres.

—El amor es una cosa encantadora,—agregó Fulvio con una profunda convicción.

—Qué descubrimiento, por Dios!—le contestó el marido de Paula.

—Es necesario casarse,—agregó el maestro de música.

Fulvio miró con interés á Paula y á su esposo.

—Es necesario casarse,—repitió ella con dulzura.

—Es necesario morir,—le replicó en voz baja y con tristeza el joven.

Todos los invitados volvían al salón y combinaban, para la tarde siguiente, un paseo por el mar llevando música.

—No es mejor esperar las noches de luna?

—No; los paseos con luna son muy vulgares, no se tiene temor de nada, se ve todo con claridad; es mejor bogar en medio de las tinieblas como la barca de aquellos dos enamorados.—Eso decían las señoras mientras sus compañeros proponían que se llevara también la cena.

En el umbral de la puerta que daba á la terraza, Paula dijo á Fulvio:

—Vienes con nosotros mañana?

—No, no, escúchame...—le replicó el joven con

voz sofocada. Ella no le hizo caso y volvió al salón.

Como algunas señoras deseaban retirarse, Sofía quiso detenerlas unos minutos más poniéndose á cantar el *Vals de la sombra* de Dinorah.

Apesar de que su breve voz no podía seguir las notas complicadas del piano, la señorita cantaba aquel vals con sentimiento. En su boca aquella música que es el llanto de una esperanza perdida, semejava un sollozo de dulcísima pasión.

—Dame mi abanico—dijo Paula á Fulvio que permanecía en la terraza.

—No, no, escúchame...—le contestó el joven acercando el abanico á sus labios.

—Dame mi abanico—replicó la señora con firmeza.

—Escúchame, escúchame, te lo suplico... —Paula no lo quiso escuchar, volvió al salón en donde se puso á repartir copas de vino *málaga* en el cual sobrenadaban pedazos de hielo.

Cuando terminó sus deberes de señora de casa, viendo que á nadie faltase nada, se acordó del otro invitado que permanecía solo en la terraza entre la negrura del cielo y la del mar.

—Dame mi abanico, Fulvio.

—Escúchame,—le repitió el joven. Su voz estaba tan llena de dolor que ella se detuvo.

En el salón, con la nueva alegría del vino, cantaban un coro napolitano. Ella escuchaba con atención lo que le decía Fulvio.

—Oyeme. Debo hablarte, decirte muchas cosas interesantes. No me interrumpas, Paula, te lo suplico. Escucha, tengo que decirte muchas cosas; pero no ahora. En esa sala hay mucha gente, gente feliz; yo soy muy desgraciado. Sufro mucho, sé compasiva. Oye, yo no abandonaré esta terraza; cierra la puerta, todos creerán que me he ausentado. Te lo suplico, ciérrala. Cuando tu marido duerma yo quiero hablarte. Esperaré aquí hasta que vengas...

—No vendré,—contestó la señora.

—Oye, Paula, estoy muy mal. Allí cantan y ríen, aquí suspira un agonizante...

—No vendré,—repitió ella con energía.

—Te lo suplico, en nombre de tu conciencia de mujer honrada; por tu virtud de niña y de esposa, por tu dulzura y por tu piedad no me niegues este último favor...

—No vendré.

—Si no vienes me suicido, Paula. Ella lo miró durante un segundo.

—Me suicido, Paula. Eres cristiana y estoy seguro que no dejarás que un hombre muera de ese modo...

—Vendré,—fué lo único que le contestó la señora.

II

Y vino. Era muy tarde; sobre el golfo napolitano y allá muy lejos brillaban las estrellas; en la desierta calle de Posillipo una fila de luces corría hacia Nápoles; el silencio y la soledad eran completos. La puerta del balcón que daba á la terraza se abrió con suavidad dando paso á una sombra blanca, ágil, que se deslizó hasta donde estaba Fulvio.

—Gracias—le dijo el joven tratando de ver—en la oscuridad—el semblante de Paula.

—Estamos en grave peligro de muerte—le respondió ella con dulzura.

—Lo sé—é inclinando la cabeza Fulvio no habló más.

En la primera hora de espera no había hecho otra cosa que repetir lo que deseaba comunicar á la señora. Ella no venía; se escuchaban los pasos de los criados que iban y venían poniendo en orden las habitaciones y cerrando las ventanas; oía las voces tranquilas de Paula y de su marido que conversaban. Después todo fué cerrado, las luces se apagaron, reinando un silencio completo. Comenzó á impacientarse; repetía confusamente las palabras que debía decirle á la señora, como un niño desesperado que busca en vano el medio de comprender la lección aprendida de memoria. Paula no venía. El joven había contado cien veces las lámparas de gas de la calle Posillipo; eran

treintaitres; las demás se perdían en una fila de luz. Para engañar el tiempo, quiso contar las estrellas. Cuántas horas habían pasado? Era eterna aquella noche? Si Paula no venía no le quedaba otro recurso que arrojarse al mar. No podía esperar el sol del día siguiente en aquella terraza. Tal idea lo tranquilizó. Una debilidad general se apoderó del joven quien no supo nada más, ni del tiempo que trascurría ni del lugar en que se encontraba.

Y ahora que Paula había llegado no recordaba lo que quería decirle.

—Qué tenías que comunicarme?

—Que te amo.

—Eso ya me lo habías dicho. Nada más?—contestó la señora disponiéndose á volver por donde había venido.

—Te amo, te amo, te amo.

—Amigo, mi marido duerme allí. Muy fácilmente puede despertarlo un mosquito que zumbe, un mueble que cruja ó nuestras voces. Entonces moriremos.

—Eso quiero,—murmuró Fulvio en voz baja.

—Moriría por tí y contigo si te amara: pero no te amo.

—Y por qué te expones entonces á la muerte?

—Por piedad.

—No sientes por mí otra cosa que piedad?

—Amistad y compasión.

—Vosotras las mujeres sois muy infames.

—Pobre Fulvio,—murmuró la señora con ternura.

—Te prohibo compadecerme. Debes amarme, comprendes? Eso he venido á decirte.

—No puedo amarte.

—Debes amarme. Tengo el derecho de ser amado. Crees que no vale nada la existencia de un hombre? Crees que no sea nada apoderarse de un hombre, obligarlo á esperar en medio del frío de esta terraza y darle una fiebre abrazadora que nunca se aplaca? Crees que una mujer pueda impunemente mirar con dulzura, sonreír con dulzura, hablar con dulzura como miras, sonríes y hablas tú? Oh, maldita dulzura, maldita dulzura!

A pesar de que estaba muy cerca de Paula, el joven no pudo ver las lágrimas que brillaban en los ojos de la señora.

—Yo era feliz, gozaba de la juventud, del sol y de la alegría de mi país y del cariño de mis amigos. Poseía la indiferencia serena que es la más grande entre las felicidades humanas; era egoísta pero vivía tranquilo; me dejaba amar sin buscar el amor de nadie. Era feliz...

—Dios quiera devolvarte esa felicidad—murmuró ella con dulzura.

—A Dios...? no le ruego nunca.

—Pero yo le ruego siempre para que te conceda la paz.

—Oh, mujer hipócrita! No te burles del Señor como te burlas de mí. Escucha, debes amarme, por fuerza. Te amo demasiado para no ser correspondido. Sería una injusticia. Mi amor es una llama viva, por qué no se inflama tu alma en ella? Debes amarme. Deja tu marido, tu madre, tu casa, todo lo que has amado hasta ahora y ven conmigo. Iremos lejos, muy lejos, allá donde seamos felices. También seremos desgraciados, lo sé; pero así es la vida y debemos soportarla. La pasión es más fuerte que nosotros. Yo te adoro, Paula, se mi compañera!

—Estás loco, Fulvio?—le contestó ella apoyando uno de sus codos sobre el parapeto.

—Si así lo quieres, soy un loco. Eso no es de importancia. No puedo vivir sin tu compañía, tengo necesidad de tí, te adoro. Dicen que nada resiste al magnetismo de la voluntad que hace líquido el diamante y convierte en pedazos el hierro. Eres una mujer, oyes, amas, odias, entonces sentirás el magnetismo de mi alma que te adora. Es cierto que tu marido te posee pero no te quiere: es una bestia. Le odio profundamente. Quería asesinarle esta tarde, lo haré mañana si no vienes conmigo. Vamos.

Y aprisionó uno de sus brazos resuelto á llevarla consigo.

—No!—dijo ella.

—Vamos.

—No!

—Por qué?

—Porque no te amo.

—Paula, Paula, no hables de esa manera,—prorrumpió Fulvio con voz suplicante.

—Cómo quieres que hable?

—Mejor callar. El timbre de tu voz dulce y fresca me desespera. Es mejor callar, te lo suplico.

Ella permaneció en silencio. Fulvio se había apoyado también en el parapeto, sosteniendo con los brazos su frente que ardía. Ella había inclinado la cabeza sobre el pecho como si meditara.

Una carroza pasó por la calle de Posílipo, una risa argentina llegó á través de la oscuridad. Paula levantó la frente.

—No llores, Fulvio.

—No lloro—contestó el joven desesperado.

—Se fuerte.

—Soy bastante fuerte.

—Escucha lo que te dice una amiga. Tú curarás muy pronto.

—No, nunca.

—Si, curarás muy pronto. Eres honrado?

—Soy honrado.

—Pues bien, curarás con facilidad. La pasión es algo que deshonra. Te parece vulgar mi respuesta: *Tengo marido?* Sin embargo es muy honrada. Cuando era joven, mi madre me dijo: al hombre que te lleve al altar debes amarlo; si no puedes concederle cariño, debes serle fiel y obediente, conservarle tu cuerpo y tu alma, aunque seas desgraciada. Y no solo me aconsejaba sino que me daba el ejemplo con su conducta; ese deber de honradez, esa tradición de fidelidad y esa herencia de virtud, se transmiten de madre á hija. No es nada sublime como tú ves: es un deber y como deber se cumple...

—Y se muere, Paula.

—No se muere. La pasión ciega insulta al marido que duerme tranquilo, confiado, sin tener una sola sospecha. Esa es una gran injusticia. Porque cuando el hombre se casa, aunque sea por ambición, lleva á cabo un gran sacrificio. Da su nom-

bre y su corazón; da su fe y su libertad; se dedica al trabajo por su mujer y sus hijos. Nosotras somos su gloria y su consuelo; representamos para él, la más dulce de las satisfacciones; su día lo pasa deseando volver al hogar, ver á su esposa y á sus hijos; sus horas más felices las encuentra en su casa, entre nuestros brazos. Oh, que tesoro de pequeños y de grandes sacrificios representa el amor de un marido! Tú lo ignoras. La pasión ignora todo, no sabe apreciar nada, ni aun se conoce á si misma.

—Los maridos traicionan á sus mujeres—murmuró el joven.

—Las traicionan, pero las aman. Nada puede desatar el lazo profundo, íntimo, hecho de palabras y de lágrimas, de besos y de suspiros; nada puede romper ese vínculo que llega hasta el corazón. Solo la pasión ciega pretende desatar el sagrado lazo, pretende romper el sagrado vínculo. Quién eres, Fulvio? Un joven, un ser cualquiera perdido en medio de la humanidad infinita: un ser extraño para mí. Pasas por mi camino, talvez yo también paso por el tuyo, y de pronto dices que me amas. Qué has hecho por mí?... Nada. Qué puedes hacer?... Nada. Tengo un nombre, quieres arrancármelo; tengo un honor, quieres que lo arrastre por el fango; poseo la estima de mis amigos, debo desdeñarla; poseo la fé de mi esposo, debo traicionarla; tengo la paz de mi conciencia, debo perderla para siempre. Por qué? Por que tú dices que me amas? También aquel hombre que duerme allí tranquilo me ama.

—No es verdad!

—Tú no lo sabes. Nosotras las mujeres conocemos bien quien nos ama con sinceridad. Eres tú, Fulvio, el que habla de derechos?... Pobre marido mío, adora á una mujer hasta casarte con ella; dale la mejor parte de tu existencia; coloca en ella todas tus esperanzas; sírvele de hermano, de padre, de marido, de amante, de consejero, de enfermero; sufre por ella tanto material como moralmente. Y luego un extraño, un egoísta, un caprichoso, un hombre que ofrece á tu mujer una

vida de deshonor, se cree con el derecho de arrebatarte toda tu felicidad!... Y eres tú, Fulvio, quien habla de injusticias? Qué haces aquí? Por qué me digno escuchar tus palabras y darte explicaciones? No sé quien eres, no te conozco! Apártate de mi camino. Vete!

—Tú no me amas, Paula, eso es todo.

—Esa es la verdad, Fulvio, no te amo.

Una ligerísima claridad venida de la habitación del marido, les hizo callar. Fulvio y Paula se miraron intranquilos. En voz baja, como si estuvieran á punto de morir, ella dijo;

—Virgen bendita, á tí encomiendo el alma mía! Oró en voz baja.

Fulvio callaba esperando. Ningún rumor se escuchó después. Nadie venía. Había sido un engaño.

Permanecieron así durante mucho tiempo. El no se atrevía á interrumpir aquel silencio, no osaba pronunciar la última palabra, le parecía que todo se agitaba á su alrededor. Levantando su mirada, vió que los ojos de Paula le interrogaban.

—Ahora, qué debo hacer? preguntó el joven con frialdad.

—Irte—contestó ella con su dulzura imperturbable.

—A donde?

—Donde quieras. No permito que permanezcas un momento más en este sitio.

—Muy lejos?

—Muy lejos.

—Puedo volver?

—No.

—Después de algunos años?

—No, nunca.

—Que harás tú mientras tanto?

—Pasarán los años; después moriré.

—No te veré nunca más?

—Nunca más.

—Esta es la muerte para mí.

Ella extendió los brazos como diciendo que no estaba á su alcance el impedirla.

—Adios, Paula.

—Adiós Fulvio.

No se dieron la mano. El joven volvió la espalda, entró en el salón oscuro, caminando como un sonámbulo.

Paula permanecía inmóvil en medio de la terraza como deseando oír el paso de Fulvio á través de la casa. Luego lo vió vagar por la calle de Posillipo y perderse en la noche como una sombra.

De pronto se volvió llena de temor. Una voz, detrás de ella, le preguntó:

—Paula, amas á Fulvio?

Ella respondió á su marido:

—Sí, lo amo!...

Y aquellos dos seres desgraciados, se miraron con tristeza.

(Traducción y envío de J. F. G.)

✓ MICHELET

(En el nº 184 de la *España Moderna* de Madrid, mes de abril de abril de 1904, encontré este interesante trabajito de la señora Michelet. Por el momento no tengo ninguna referencia de esta señora que dar á los lectores de ARIEL Procuraré llenar esta laguna en otra ocasión.

El español Fernando Araujo extractó de la *Grande Revue*, de París, este artículo de la señora Michelet.

Yo recomiendo su lectura á las jóvenes estudiosas y observadoras.

Psicología del gato

Puede diagnosticarse el carácter de los gatos por sus colores: los blancos son perezosos, los negros muy corredores, los grises buenos cazadores de ratones, los leonados muy enamorados; las gatas tricolores muy fecundas, las atigradas muy listas, las rojas hipócritas. El gato negro ha sido proscrito durante la Edad Media en el sombrío Norte, como un hechicero, un mal genio de ojos diabólicos; pero en Oriente, pasa por ser propicio á los amores. El gato es un sér esencialmente noble, puro de toda mezcla, en el que nada hay vulgar, ni actitud que no sea noble ó graciosa, na-

ciendo las principales variedades que en él se notan, del diverso género de vida que tiene.

Realmente, en vez de hablar del gato, debiera hablarse de la gata, como los alemanes, *die katze*; el gato tiene temperamento femenino; se turba cuando lo miran, y su paso furtivo, ligero, discreto, así como las horas que dedica á su tocado, revelan el carácter femenino de este felino.

El gato es lo que sus amos le hacen: los criados por personas distinguidas son superiores á los que se crían por rústicos. Los pueblos que tienen largos inviernos son más amigos de los gatos que los pueblos meridionales. El Egipto, sin embargo, pone al gato en el rango de los animales sagrados, lo embalsama y le reserva un puesto con la familia en la cámara mortuoria. En el hogar, junto á la llama oscilante, muy cerca de la madre y del niño, dormita el gato, en noble actitud de esfinge (1).

El instinto de libertad del gato se manifiesta en su afición á las buhardillas y tejados, reinos de independencia; el gato prefiere á todo su libertad; no quiere más que una libre alianza con el hombre; nada que toque á la esclavitud. Los sabios dicen que es poco inteligente, de cerebro poco desarrollado; y, sin embargo, en la Edad Media se hizo del gato negro nada menos que un brujo. Quién tiene razón? Lo cierto es que, por su sociedad con el hombre, el gato aprende muchas cosas.

Los gatos tienen muchos pensamientos; eso se ve en la rapidez de sus movimientos, en sus impulsos súbitos, que no son efectos de un sueño vago, sino que parecen resultado de un pensamiento que de pronto se ocurre y les hace decir: «Tengo que ir á tal parte» ó «tengo que hacer tal cosa». Nada más imperioso que el gato que ha resuelto salir. Pero en general es discreto, y sabe guardar sus pensamientos; hasta en sus mejores momentos de expansión, guarda un misterio.

(1) Es decir, en la postura de una esfinge, echado, con las manos hacia adelante, como acostumbra los gatos. La esfinge de los egipcios es un animal fantástico con cuerpo de león y cabeza humana.

Un gato joven gusta de escapatorias y de aventuras nocturnas; es muy difícil, por no decir imposible, retenerlo, si se le ha antojado ir á visitar á alguna amable vecina ó hacer alguna jugarreta; más tarde se diría que teme el sereno y la frescura de las noches, y se hace más arreglado. Los gatos no están desprovistos de moralidad ni afecto. Un gato había perdido á su madre siendo todavía muy pequeño, y vagaba por el jardín mayando quejumbrosamente; una paloma daba de comer á sus pichones, y el gato, mirándola, mayaba cada vez más lastimosamente; viendo esto, la paloma se conmovió y trató de hacer pasar á la boca del gato, metiendo en ella el pico, lo que daba á sus hijos; alguien que lo vió, quiso llevar más adelante el experimento, y dispuso que se diera á la paloma pan con leche, alimento propio del gato; la paloma lo tomó y siguió dando al gato de comer con su pico; cuando el gato creció, guardó siempre el recuerdo de aquel favor, y le gustaba ir á dormir en el palomar, sin que jamás hiciera daño á los pichones, aunque le gustaba mucho perseguir á los pajarillos del jardín.

Se ha preguntado si el gato quiere más á las personas que á la casa; hay de todo. En cuanto á la falsedad, los caprichos, las traiciones, la poltronería de que se acusa á los gatos, hay mucha exageración; Buffon habla de la *marcha oblicua* del gato, sin pensar en que ese movimiento ondulatorio es el resultado de su organización, de la flexibilidad de su espinazo. El gato no araña, dicen sus partidarios, si no se le provoca; otra exageración: hay días en que el gato quisiera ser provocado, porque sus nervios le piden camorra.

Todos están de acuerdo en declarar al gato el más nervioso, excitable é irritable de todos los animales; y, sin embargo, nosotros le excitamos al acariciarlo pasando y repasando la mano por su lomo, cargado de fluido. Qué tiene de extraño que arañe ó que muerda? Pero una vez descargado de fluido, su cólera pasa; jamás se ve á un gato encarnizarse y desgarrar como el perro.

Lo mismo ocurre con sus traiciones: no hay tal

cosa. Es su nerviosidad, su propiedad de electrizarse fácilmente cargándose como una pila, la que produce esas sorpresas que se llaman traiciones, y que no son más que movimientos naturales de un organismo irritable. Tampoco son cobardes, sino prudentes, teniendo además cierta especie de pudor, y temiendo como las mujeres desagradar, faltar al sentimiento exquisito que se tiene de su fina delicadeza.

Los gestos del gato son siempre graciosos, lo mismo durante la vigilia que en el sueño. Sus gritos son sumamente expresivos: nada más persuasivo que el dulce mayar del gato que quiere que le abran la puerta; nada más conmovedor que el maullido de un gato en peligro. El gato nos parece ocioso porque es un animal nocturno: descansa de día, y por la noche tiene mil ocupaciones. A cada cual sus horas.

(De *La España Moderna*, de Madrid)

✓ ELLEN KEY

(Escritora y pedagoga sueca, una de las más robustas inteligencias femeninas de nuestro tiempo. Conozco de ella *El siglo de los niños*, un libro de ideales levantados, escrito con el ardor intenso de los apóstoles, con un interés evidente por la educación de la infancia. Está hecho para las madres futuras. Ellen Key se propone crear en los padres de familia la conciencia de la «santidad de la generación», conciencia que «hará de nuestros hijos, de su nacimiento, cuidados y educación, el eje de todo deber social alrededor del cual se agruparán leyes, usos y costumbres». El capítulo que hoy ofrecemos es uno de los más ardorosos de la obra. Prometiéndome entresacar después otras brillantes páginas del mismo libro.)

Los derechos de los hijos

Mientras la sociedad pagana (1) dejaba perecer inexorablemente á los niños débiles ó contrahe-

(1) Pagana se llama á la sociedad que, ó no conoció ó no aceptó el cristianismo. Sabemos que en la Esparta de la Grecia antigua, por ejemplo, la nobleza reducía á la esclavitud ó abandonaba en los montes para que muriesen de cualquier modo, á los seres débiles y mal nacidos que aparecieran entre los suyos.

chos, la *piEDAD* de la sociedad cristiana ha conseguido prolongar para los niños enfermos, á menudo incurables, tanto en lo físico como en lo moral, una vida que es un tormento continuo para las pobres criaturas y para quienes las rodean. En la sociedad que no quiere abolir la guerra ni la pena de muerte, la vida humana no es aún lo suficientemente respetada para que se pueda, sin responsabilidad alguna, dejarla apagar cuando está llena de desventuras. Pero cuando la verdadera piedad sea el único instrumento de muerte, el médico tendrá el derecho de acabar, sin dolor y bajo su responsabilidad, con las existencias desdichadas. Y por lo contrario, esta misma sociedad cristiana conserva entre los hijos legítimos y los ilegítimos una diferencia tal, que contribuye más que cualquiera otra injusticia á hacer imposible un verdadero concepto moral de los deberes de los padres. Mientras toda criatura no tenga los mismos derechos respecto á su padre y á su madre, y cada padre y madre no tengan los mismos deberes para con sus hijos, faltará la piedra fundamental de la moral futura acerca de las relaciones entre hombre y mujer.

Llegará el día en que la forma, no menos que las manifestaciones del sentimiento amoroso, serán consideradas como cosa absolutamente individual y privada. Los amantes, los esposos se considerarán y serán considerados como libres. Ya hoy en día las promesas que empeñan los sentimientos y derechos de propiedad de la persona son consideradas, por la gente educada y de elevadas tendencias, como restos bárbaros de bajas tendencias, deformadas por la vanidad, ambición, crueldad y pasión ciega. Se empieza á comprender que la condición principal de la fidelidad absoluta es la absoluta libertad, que la fusión completa, la completa y verdadera inteligencia entre dos amantes sólo puede nacer de la libertad. Cuando renunciemos á querer imponer á los demás nuestras ideas, costumbres y tendencias, cuando la constancia en el amor sea considerada como una dicha y no como un derecho, y su fin como

una desgracia y no como una falta, entonces solamente existirá entre dos almas amantes aquel ambiente sereno y puro en donde ambas podrán moverse libremente y fundirse por completo.

La libertad no es obstáculo para la fidelidad. Esta, al ser impuesta por la ley y la Iglesia, fué ciertamente un medio educativo muy útil, pero en la actualidad es un medio que se vuelve contra su fin, porque ha despertado la idea de derechos que hacen olvidar el culto del amor, de exigencias que provocan rebeldías del alma y del cuerpo, y de temores que engendran y justifican deshonras é infinitas hipocresías entre ambos cónyuges y ante el mundo. Rotas las ligaduras del derecho, se vigorizará el sentimiento; faltando la obligación impuesta por la ley, vendrá del corazón la obligación de la fidelidad. Aunque los hombres estén fatalmente expuestos á engañarse acerca de sus propios sentimientos y los de la persona amada, aunque el tiempo transforme de tal manera á los hombres y á sus sentimientos, que de un matrimonio de amor puedan nacer situaciones que justifiquen las palabras de Nietzsche: (1) «es mejor destrozar un matrimonio que ser destrozado por él», siempre la libertad será necesaria para la fidelidad, cuya experiencia nos debe enseñar todo su valor psicológico y moral.

Una serie de lazos fáciles de atar y desatar son mala preparación para la dicha del verdadero amor. La fidelidad espontánea es señal de nobleza de ánimo, porque demuestra la voluntad de concentrarse sobre el verdadero valor de la vida; y esto se refiere á la fidelidad en amor como á cualquiera otra clase de fidelidad. El amor sólo es grande cuando es el culto de cada día y de cada hora, cuando es un ennoblecimiento, una santificación constante de nuestra individualidad. Y entonces sus derechos llegan á vencer los derechos de uniones anteriores, precisamente porque este amor representa una fidelidad á la parte me-

(1) *Federico Nietzsche*. Eminente filósofo alemán del siglo anterior.

jor de nosotros mismos. Pero cuando no tiene este carácter tampoco tiene aquellos derechos, y no pasa de ser un sentimiento insignificante aunque lo impulse y purifique una gran pasión. Los hijos de uniones fugaces resultan muchas veces tan incompletos como la pasión que les originó. «El verdadero amor—me escribía hace poco un joven médico—se agarra tan profundamente á nosotros, que al perderlo creemos haber perdido la mitad de nosotros mismos, aunque la naturaleza, protegiendo los derechos de la reproducción, nos permita amar más de una vez. Pero no es posible dudar acerca del ideal de la naturaleza. *La raza que nacería, si los jóvenes de ambos sexos pudiesen unirse cuando se despierta en ellos el amor profundo, sería fuerte y sana y muy distinta de la nuestra.* Pero cuando la juventud ama verdaderamente, casi nunca está en condiciones de casarse, y cuando puede hacerlo, ya no les impulsa al matrimonio aquel primer sentimiento ardiente y profundo, sino otra cosa distinta, siempre secundaria aunque no sea del todo artificial.»

Una transformación radical de las leyes sociales y de las ideas personales acerca de las cosas que en la vida tienen realmente valor, en virtud de la cual los jóvenes de veinte á treinta años tuviesen siempre medios de fundar una familia y supiesen contentarse con una modesta medianía, sería condición principalísima para la creación de una generación mejor, cuyo altar fuese el hogar doméstico, y el amor su culto. Sólo entonces podríamos esperar que disminuyese la prostitución, la mayor de nuestras miserias, sólo entonces tendríamos el derecho de exigir á los jóvenes *la castidad, primer paso para engendrar una prole sana y fuerte.*

Tal como están las cosas, hoy en día se encuentran madres casadas cuya vida es profundamente inmoral, y madres altamente morales unidas al padre de sus hijos por un amor verdadero y que por razones de peso no pudieron efectuar su matrimonio, existiendo también no pocas mujeres que preferirían una maternidad solitaria.

En la época de sus conferencias sobre la moralidad en las relaciones sexuales, Björnson (1) pedía que la mujer que prefiera la maternidad sin el matrimonio le sea concedido este derecho, siempre que se comprometa á realizar integralmente sus deberes de madre. Esta idea está destinada á abrirse camino. Conozco el caso de una mujer, ya no joven, que poco antes de su matrimonio, convencida de que la gran diferencia de caracteres y de ideas con su prometido sería causa de una unión desgraciada, renunció al matrimonio á pesar del nacimiento inminente de un hijo, que hoy educa tranquila y valerosamente, uniendo á las dichas de la maternidad y del trabajo el cumplimiento de los deberes filiales, los cuales probablemente hubiera tenido que olvidar si se hubiese casado.

Cada día irá ganando más terreno la idea del derecho de los hijos, pero también estos derechos deberán modificarse profundamente. El primer derecho de los hijos será el de no nacer de una unión discorde; y por esto debe ser libre la unión, para que sepan los cónyuges al contraerla y desatlarla, que no pueden nunca sustraerse á ciertos deberes de la paternidad.

Las disposiciones legislativas podrán ser necesarias ó superfluas según los casos, pero nunca deberán oponerse á las verdaderas relaciones entre padres é hijos, mientras que nuestras leyes sobre el divorcio, sobre los derechos de tutela concedidos al padre, etc., son un continuo impedimento á que se establezca entre hombre y mujer una forma más noble y libre de convivencia.

No es estrechando más los vínculos conyugales como se defenderá mejor á los hijos contra las discordias de sus padres, sino con una mayor y más seria reflexión antes de contraer matrimonio, y sobre todo con un sentimiento más profundo de la responsabilidad de los hijos. Esto hará que los cónyuges engañados en sus esperanzas de felicidad puedan llevar bajo una aparente unión una

(1) *Björnson*. Célebre autor dramático escandinavo.

vida digna, tranquila y resignada, á pesar de sus conflictos íntimos, si lo creen necesario para el bien de sus hijos. Y precisamente esta dignidad les impone á que, cesada toda convivencia, les una sólo el sentimiento de la paternidad común. El divorcio es preferible al nacimiento de nuevos hijos engendrados por padres completamente desacordes.

Con frecuencia los matrimonios se entablan á la ligera, pero la separación es siempre difícil sobre todo cuando se tiene hijos. No les retiene la fuerza de la ley sino la de la sangre; no se teme el juicio de la sociedad sino el de sus propios hijos. Pero todas estas razones tienen tanta validez para las uniones libres como para las legítimas, y poco pierden los hijos al perder padres que sólo un esfuerzo mantenía cerca de ellos. Para mejorar las costumbres es preciso despertar en los padres la conciencia de los deberes que jamás fueron escritos, y que ni siquiera la ley puede en parte determinar.

Es probable que al empezar hagan falta nuevas leyes; seguramente será preciso abolir muchos antiguos principios que después de haber realizado su ideal educativo, se han convertido en obstáculo de una más alta moralidad. El seductor y la seductora que destruyen la vida de una muchacha ó de un joven, y destrozan la felicidad de una familia serán tanto más despreciables, cuanto más se aprenda á distinguir el juego cruel de la coquetería masculina ó femenina y las exigencias ávidas y vulgares de los sentidos, de los derechos del amor; cuanto más consiga fundirse la idea de la moralidad de los sexos con la de la responsabilidad hacia las futuras generaciones.

La satisfacción de instintos contrarios á los fines fundamentales de la naturaleza es la ruina de los individuos y de los pueblos. Pero debo repetir que no es estirpando la sensualidad como podremos poner fin á estos males.

Es empresa gloriosa para un poeta la lucha contra el predominio de los sentidos y contra la

disminución del sentimiento de la responsabilidad. Pero es empresa fatal si, como Tolstoy, (1) trata de fundir la idea de la sensualidad con la del amor. No es considerando el amor como pura materia ni como puro espíritu como podremos librar á la humanidad del yugo humillante del instinto. Sólo podremos conseguirlo elevando la sensualidad hasta el amor; es decir, admitiendo que la fusión de las almas, su cariño y simpatía, los intereses é ideales comunes son para la dicha y encanto del amor; toda relación—legítima ó libre—*llega á cansar á la larga, y no deja tras de sí más que disgustos, si sólo fué su causa y esencia una pasión sensual y no un sentimiento de profunda y simpática atracción de los cuerpos y de las almas á un mismo tiempo.*

La responsabilidad de los padres hacia los hijos será tanto mayor y más grave, cuanto la sociedad se vea más obligada á impedir todo dolor inocente é inútil.

La moral del porvenir no querrá sacrificar á la integridad de la familia los llamados «bastardos,» muy á menudo ricamente dotados por la naturaleza, pero víctimas de leyes injustas, que les convierten á la fuerza en bastardos y rechazados, llenos de odio y de ira contra la sociedad de cuyas teorías son víctimas.

Cuántos infanticidios, cuántos delitos son causados por las falsas interpretaciones de las leyes morales! Y sin embargo, aun éstas son consecuencias menos funestas, que aquellas otras que la misma sociedad sufre por culpa de sus hijos ilegítimos, que perecen sino física por lo menos moralmente; criaturas con las cuales no tan sólo la sociedad pierde fuerzas útiles sino que desarrolla fuerzas deletéreas. (1)

Cuando Europa entera se estremeció indignada por el asesinato de la Emperatriz de Austria, para mí la cosa más dolorosa y más terrible fué la

(1) *Tolstoy León.* Gran escritor ruso. Para conocer sus ideas en este asunto, léase su célebre novela *La sonata de Kreutzer.*

(1) *Deleterias.* Mortíferas, perjudiciales á la salud.

confesión del asesino: «No he conocido á mis padres!»

Llegará el día en que cada hijo sea sagrado, sea cual fuere el sentimiento que unió á sus padres; llegará tiempo en que toda maternidad será sagrada, y si nació de un amor verdadero, será maternidad verdadera y sentida.

El hijo de padres sanos y amantes, educado con austera ternura, será legítimo aun cuando fuese engendrado por una unión libre. Y será bastardo el hijo nacido de un matrimonio sin amor, purgando herencias funestas, aunque sus padres hayan sido casados por el mismo Papa en la iglesia de San Pedro. El desprecio no caerá sobre la madre cariñosa, aunque no sea casada, de una floreciente prole, sino sobre la madre, legítima ó natural, de una criatura degenerada por culpa de sus antepasados.

*
* *

De un drama muy discutido *El Leoncillo* (1) copio el siguiente diálogo entre un viejo y un joven:
«*El viejo.*—El siglo futuro será el siglo de los niños, así como el nuestro fué el de la mujer. Cuando los hijos hayan obtenido todos sus derechos, la moralidad será perfecta. Todo hombre sabrá que le ligan al ser creado por él no sólo los vínculos impuestos por la ley y la sociedad. Comprenderá que un hombre no puede librarse de los deberes de la paternidad aun escapando al otro extremo del mundo. Un reino puede ser conquistado y perdido, pero no la paternidad.

«*El joven.*—Lo sé.

«*El viejo.*—Pero no se reduce todo á custodiar la vida que hemos engendrado. Ningún hombre se preguntará demasiadas veces si tiene realmente el derecho de engendrar...»

En estas frases he encontrado el título del li-

(1) Publicado bajo el seudónimo masculino *Haralt Golté*, pero que oculta á una mujer.

bro y la idea fundamental de este capítulo; los hijos tienen el derecho de elegirse sus padres.

Ante todo debemos tener en cuenta la teoría siempre sostenida por los darwinistas, (1) esto es, que las ciencias naturales, entre las cuales va incluida la psicología, deben servir de base á la jurisprudencia y pedagogía. El hombre debe aprender las leyes de la selección natural y respetarla en sus acciones. La legislación social deberá ayudar al progreso, y proteger la obra de selección. Pero antes será preciso impedir que el delincuente—cuyo tipo sólo puede determinar el científico—se reproduzca para que no trasmita á los hijos sus tristes cualidades.

De este modo el género humano podrá librarse poco á poco de los atavismos (1) que reproducen épocas anteriores é imperfectas de evolución. Será éste el primer paso hacia un progreso que permitirá al hombre «matar el mono y el tigre que en sí mismo lleva», como dijo un poeta.

En segundo lugar tenemos la necesidad de impedir que los individuos víctimas de defectos físicos y morales hereditarios los trasmitan á sus hijos.

Acerca de las enfermedades hereditarias los pareceres están muy divididos y son muy inciertos. La tuberculosis, por ejemplo, es por algunos considerada como hereditaria, mientras otros sostienen que sólo es contagiosa, afirmando que todo peligro cesa alejando al niño de la madre enferma. Sobre el cáncer las opiniones no son menos diversas, y en cambio otras enfermedades son por todos consideradas como hereditarias. Contra la epilepsia la ley trata de proveer, aunque en la práctica no se aplique siempre. Pero contra la sífilis y el alcoholismo, y tantas otras formas nerviosas que tan á menudo se reproducen en los hijos, la ley aun no ha conseguido hacer nada.

(1) *Darwinistas*. Discípulos del célebre naturalista inglés Carlos Darwin, fundador de la teoría de la *evolución* (desarrollo) de los seres.

(1) Por *atavismo* ciertos nietos heredan rasgos físicos, salud, enfermedades, etc. que tuvieron los abuelos ó bisabuelos, p. ej.

Un antiguo adagio nos enseña que debemos agradecer á nuestros padres la vida que nos han dado. A menudo los padres nos han trasmitido la salud física y moral que ellos heredaron de una larga serie de matrimonios entre personas sanas y felices, pero con demasiada frecuencia los padres deberían pedir perdón á los hijos de haberlos engendrado.

Al querer buscar la causa fundamental por la cual determinadas personas caen en la miseria ó en el vicio, se ven atacadas de enfermedades nerviosas ú otros males, ó están moralmente degeneradas, hay que hacerlo en las circunstancias en que nacieron ó pasaron los primeros años de su infancia.

Tal vez eran sus padres demasiado jóvenes ó muy viejos ó enfermizos; tal vez fueron engendrados durante una borrachera, ó concebidos por madres estenuadas por las privaciones ó por numerosos partos. Tal vez nacieron de matrimonios contraídos sin amor, ó cuando el amor había muerto; concebidos con repugnancia y rebeldía, tuvieron en su sangre gérmenes de lucha y rebelión aun antes de nacer; y esta puede ser causa de infinitas anomalías, (1) entre otras el odio al hombre en la mujer. Ó tal vez presenciaron en su casa tiranías y malos ejemplos, viéndose su educación turbada por el conflicto de tendencias discordes.

La cuestión de los males hereditarios va tomando tal importancia, que algunos jóvenes sabiendo que llevan consigo malos gérmenes empiezan á persuadirse de que deben renunciar á las dichas de la familia, para no trasmitir á una nueva generación tan funesto patrimonio.

Conozco á una mujer que por sus antecedentes de locura hereditaria por parte de padre y madre renunció estando completamente sana, á casarse con el hombre amado. Y conozco otra que habiendo descubierto que su prometido bebía con exceso, rompió el matrimonio por no querer dar tal padre á sus futuros hijos.

(1) Irregularidades.

En estos casos muy á menudo toda la culpa está de parte de las mujeres, culpa de ignorancia casi siempre, porque no saben con cuánta frecuencia la epilepsia y sobre todo el alcoholismo se manifiesta en los hijos engendrados en un momento de embriaguez. Y toda joven esposa debería preguntarse antes que nada si vería con alegría ó dolor reproducirse en los hijos las cualidades del padre.

La embriaguez no es ciertamente la única culpa de los hombres hacia las generaciones futuras; estamos realmente ante un despertar de la conciencia y no nos faltan hechos para demostrarlo.

Un joven médico, que al casarse se creía curado, descubrió demasiado tarde su error, y no le quedó más disyuntiva que contagiar á su esposa ó separarse de ella. La quería demasiado para continuar tan peligrosa convivencia, y tampoco quiso privarla de las dichas de la maternidad que otro podría concederle, y eligió, como único remedio, la muerte, pero de manera que ella pudiese atribuir-la á una desgracia. Lo mismo hizo un marido, que después de bastantes años de matrimonio y siendo padre de tres hijos, supo que era hermanastro de su mujer.

Verdad es que todos estos son por ahora casos aislados. Será preciso una larga evolución antes de que un instinto soberano, irresistible, impida á la mujer hacer padre de sus hijos á un hombre moral ó físicamente degenerado.

El instinto es más fuerte en el hombre, pero lo combate una antigua teoría jurídica, según la cual la mujer tiene la obligación de sufrir exigencias, contra las cuales se revela su ser.

Y sin embargo la mujer tiene un deber absoluto y que no admite transacciones; es preciso que el ser que nazca de ella sea engendrado y concebido con amor y pureza, estando fuertes y sanos, en plena y concorde armonía de voluntades y alegría; nunca en la embriaguez, por costumbre, con disgusto ó con los sentidos apagados y rebeldes. Mientras la mujer no esté convencida de esto, tendremos la tierra poblada de criaturas que des-

de el primer momento de su existencia se verán privadas de toda posibilidad de alegría y salud.

Y tanto si llevan marcados los signos precoces é innegables de su degeneración, como si se mantienen largamente en apariencia robustos y vigorosos, llega el momento decisivo en que parecen, por culpa de aquella insuficiente resistencia física y moral causada precisamente por su origen.

En cuanto al matrimonio entre individuos sanos no podemos pedir una regla á las leyes, sino solamente á la educación y á la moral. Cuando los niños conozcan desde su infancia su naturaleza y el papel que les espera como factores de la reproducción de la especie, se podrá imprimir en sus almas, no un concepto abstracto de la castidad, sino su síntesis concreta; *la obligación de conservar la salud, la inocencia y la belleza para el ser que algún día amarán y para los hijos que podrán nacer de aquel amor.*

Es verdad que el instinto de la reproducción convierte al hombre en un ser vil y repugnante, pero es solamente cuando se trata de satisfacer un instinto brutal, prescindiendo del fin de la naturaleza que quiere una descendencia fuerte y vigorosa. La pasión sensual, al paso que destruye en el hombre la fuerza reproductora, es humillante é inmoral según la teoría moderna que desea la vida, pero orientada siempre hacia lo alto, hacia formas más perfectas.

Aprendan los jóvenes á cumplir con este deber al cual faltan cuando consumen su belleza física y moral en uniones entabladas y rotas á la ligera, sin idea alguna de constancia, ni dignidad de seres responsables. Pero sepan también que aun faltan más á este deber cuando con el corazón ó los sentidos indiferentes procrean hijos los matrimonios contraídos sin amor, ó no separados por razones «morales» y viviendo en completa discordia, de la cual serán sus hijos sus primeras víctimas.

Son las madres quienes en el triste naufragio de sus sueños, de sus aspiraciones juveniles, suelen más á menudo combatir en sus hijos los instintos

de amor, los ideales vehementes y castos. Dicen, por ejemplo, que toda vez que el amor muere con el matrimonio, da lo mismo casarse sin estar enamorados; lo que equivale á decir que puede el barco zarpar con una vía de agua, toda vez que ésta puede abrirse en alta mar! Hablan del sensualismo impuro, de las ventajas de uniones razonables á las cuales sirve de compensación el sentimiento del deber cumplido: sofismas (1) de hielo que matan á las almas vehementes y amantes.

Sólo cuando la hija reciba de su madre aquellos consejos prudentes que la preserven de determinaciones apresuradas, que enseñen á la conciencia á juzgar de la incertidumbre de sus sentimientos, que impriman en cada fibra con letras de fuego que sólo una criatura perdida se entrega por una causa que no sea un amor sincero y recíproco; sólo entonces se habrá realizado la gran transformación de nuestras teorías morales. Mientras creamos que podemos hacer del matrimonio lo que queramos, que podemos casarnos por obligación, por mantener una promesa, por reparar una falta, sin amor, con el solo objeto de fundar una familia, estaremos al mismo nivel moral del que mata porque ha robado, y roba porque tiene hambre.

El gran delito contra la «santidad de la generación» está en creer que podemos obrar á capricho en el campo más sagrado y vulnerable de la vida, en donde concurren tantas misteriosas influencias para determinar lo que será la nueva descendencia.

Mientras nazcan hijos de uniones privadas de todo sentimiento afectuoso, ó desdichadamente discordes, aunque sean consideradas como legítimas; mientras padres tenidos por honrados, puedan impunemente reproducir en los hijos toda clase de males físicos y desórdenes morales, no hay que esperar que brote la idea de la nueva moralidad que debe guiar al nuevo hombre.

Y no son éstas tan sólo sus exigencias. Hoy en

(1) *Sofismas*. Razonamientos falsos.

día es raro que una muchacha vaya al matrimonio ignorando la realidad. Pero no sucedía así en mis tiempos: y sé de una joven cuya ignorancia la hizo enloquecer, sé de otra que pensó largamente en el suicidio, conozco á una tercera que nunca pudo querer á su hijo, y á una cuarta que dió á luz una criatura de inteligencia deficiente.

Y tampoco basta, para la armonía de la unión y la salud de los hijos, que la mujer sepa en general lo que le espera. Me decía un día un joven que la ruina inicial de tantos matrimonios obedece á que el hombre lleva consigo las ideas y maneras de las desdichadas criaturas que le enseñaron «el amor», y destruye de golpe toda delicadeza en las relaciones conyugales, toda pureza en los sentimientos femeniles: es preciso por lo tanto que el hombre aprenda á respetar y tener paciencia. Conozco á hombres que supieron esperar cuando comprendieron, como muy á menudo sucede, que su esposa les pertenecía con el pensamiento y el corazón mucho antes de que en ella se despertasen los sentidos, y que sólo la costumbre y el trato diario harían nacer el deseo de la unión completa. Sólo de esta íntima fusión de dos almas y de dos cuerpos deberían nacer los hijos, cuando, por el contrario, hay tantos engendrados por la violencia ó la prostitución legal.

El gran misterio del ser humano aun suscita (1) frecuentemente, en la conciencia de los hombres y de las mujeres, un sentimiento de reverencia. En nombre de la moral se vela á las jóvenes la desnudez de la naturaleza, y nadie les enseña á respetar en ellas mismas el santuario en donde se realizará algún día el misterio de la vida.

En este misterio hay muchos puntos oscuros que sólo la intuición (2) consigue, á veces, penetrar. Con frecuencia un poeta, un pensador profundo ha presentido las infinitas afinidades y repulsiones que, entre continuos cambios de dispo-

(1) Resucita, despierta.

(2) El conocimiento *claro y sencillo* de la verdad, sin necesidad de mucha reflexión.

siciones y tendencias morales y sensuales, determinan la vida pasional del hombre moderno, y las influencias místicas que por tiempo más ó menos largo, á veces para siempre, pueden modificar los sentimientos más profundos. Estas influencias, este tejido sutil de tantos hilos, serán parte integrante de la nueva criatura; si estudiáramos estos procesos extraños tendríamos la explicación de muchas diferencias profundas entre los hijos de unos mismos padres, nacidos y educados en circunstancias aparentemente iguales.

Para que el porvenir nos conceda mayor felicidad en el amor y una existencia más feliz á los hijos, será preciso que los hombres aprendan á comprender y á dominar al propio tiempo estas tendencias instintivas, estas imperiosas necesidades de los nervios y de la sangre. Nuestra época deberá desterrar los usos antiguos y los abusos nuevos, antes que el alma y los sentidos se hagan indisolubles en el amor, antes que esta unidad consiga constituir la única moral posible en las relaciones entre hombre y mujer.

*
* *
*

La idea cristiana que considera impura toda relación sexual no legitimada por un vínculo indisoluble, ha tenido en ciertas épocas una influencia indirecta, pero duradera, en la civilización. De ella nacieron el dominio de sí mismo que tanto ennoblece al hombre, y el pudor, la reserva y la fidelidad, elementos importantísimos del amor, perdidos los cuales ya no es humano sino bestial.

Pues si bien el amor de toda nueva pareja buscará siempre la soledad y el secreto, si bien el pudor será siempre el distintivo que separe el hombre del animal, no es menos verdad que se ha combatido y está casi vencida aquella falsa tendencia que evita vergonzosamente toda discusión acerca de este asunto, y no ve en él más que pretexto de bromas groseras ó alusiones equívocas.

Sólo se formará una humanidad más noble y

más moral, cuando todos recibamos desde la infancia enseñanzas sencillas y claras que nos expliquen el aspecto sexual de nuestra naturaleza, inspirándonos un profundo sentimiento de responsabilidad hacia los deberes que nos esperan, é imponiéndonos con respecto á este asunto una gran severidad de pensamiento y de palabra.

* * *

Es preciso despertar, sobre bases científicas y en forma más elevada y nueva, el amor de los antiguos por la fuerza y la belleza del cuerpo, y su respeto por la divinidad de la reproducción, junto con la conciencia moderna de la felicidad que brota del amor ideal. Sólo de este modo podrán los hombres ser castos sin tormentos ni humillaciones.

Acordaos que la mujer fué divinizada por los antiguos por ser madre, y por los cristianos por ser virgen y madre. La idea pagana y la cristiana fundidas y ennoblecidas inspirarán á la mujer el respeto de sus sagradas funciones. El amor antiguo y el moderno, el amor de los sentidos y el del espíritu, fundidos y purificados, harán que la humanidad vuelva á doblar la rodilla ante Eros (El Amor) omnipotente.

* * *

Nietzsche—que sabe poco del amor, porque apenas sabe nada de la mujer y por lo tanto ha escrito muy poco sobre este asunto—ha dicho acerca de la paternidad palabras más profundas que cualquier otro escritor contemporáneo. Ha visto las miserias y las culpas del matrimonio, las deficiencias y fracasos de la educación, y con la voz del poeta y del profeta ha descrito la esencia y el fin de la paternidad:

«Quiero que tu victoria y tu libertad suspiren por un hijo. Eleva un monumento viviente á tu victoria y á tu liberación.

«Debes construir algo más que tu sola persona. Pero hace falta ante todo que te hayas construído á tí mismo, recto de alma y cuerpo.

«No tan sólo debes reproducirte sino mejorar-te! Y á ello te ayudará el jardín del matrimonio!

«Debes crear un cuerpo superior, un primer móvil, una rueda que parta espontánea—debes crear un Creador.

«Llamo matrimonio de dos seres á la voluntad concorde de crear un tercero superior á ellos. Y llamo matrimonio la veneración recíproca de los dos que coinciden en tal voluntad.

(De *El Siglo de los niños*. Edición castellana de la casa Henrich y Cía., de Barcelona. 2 tomos. *Biblioteca Sociológica Internacional*.)

PUBLICACIONES RECIBIDAS

Veladas del Ateneo, Santiago de Chile, 1906, Imprenta y encuadernación Universitaria.

Por encargo del Ateneo de Santiago de Chile, recibí del bondadoso amigo y buen escritor Guillermo Labarca este tomo de trabajos literarios, que he leído con tanto gusto. Contiene 17 composiciones: 9 en verso y 8 en prosa, todas leídas en las inolvidables veladas que celebra el Ateneo.

Los trabajos en verso me gustan todos, no sabría cual preferir. Los reproduciré poco á poco en ARIEL, á fin de dar á conocer en este país esa joven y robusta poesía chilena que tan bien describe y siente. De los escritos en prosa me gustaron especialmente los de Labarca y B. Lillo, por su hermosa descriptiva y por lo emocionante de las situaciones que presentan. El tomo contiene muchas paginas descriptivas del paisaje chileno, escritas con vigor y colorido; un sentimiento de tristeza ó de rebeldía tiñe casi todos los trabajos. Este arte nuevo de Chile se distingue por sus intenciones y por su tendencia en favor de los pobres, con sus tristezas, sus miserias y sufrimientos.

Margarita.—Versos de Diego Uribe. París, 1906. Segunda edición.

Don Alfredo Greñas, por encargo de su autor, ha tenido la bondad de enviarme este libro de versos tan sentidos. Guillermo Valencia dice que *Margarita* «Es un dolor cristalizado.» Es la verdad, un sentimiento de profunda pena existe en toda la obra. En todas las poesías se siente el dolor que produce la ausencia de la dulce compañera difunta. Para mí, están especialmente sentidas las que se titulan: *Hogar tranquilo*, *Tu plegaria*, *Solo*, *Requiem*, *Insomnio*, *Ante su tumba*, *Gritos*, *La casa desierta* y *El templo arruinado*. Los lectores de ARIEL las conocerán después.

El Horizonte.—Heredia, 1907. Nos. 1 á 5. Editor: J. Fermín Meza. Periódico literario. Deseo que esta publicación haga una vida útil para el cultivo de las ideas.

Páginas Ilustradas.—San José, Costa Rica. Nos. 120 á 130. Revista ilustrada de ciencias, artes y letras. Con permiso del Director, reproduciré después, del nº 121 de *Páginas*, un precioso artículo de Paola Lombroso, titulado *Por qué son hermosos los niños*.

Boletín de Enseñanza y Boletín de Agricultura. (Números publicados). San José, Costa Rica. Publicaciones oficiales. Ambas de interés.

Il Pensiero.—Roma, 1906. Nos. 20 á 24. Año IV. Muy interesante revista italiana, quincenal, de Arte, Sociología y Literatura. De los números 23-24, reproduciré en ARIEL un bonito trabajo de E. Sienkiewikz titulado *¿De quién es la culpa?*

Léase ARIEL y haga que otros lo lean!

En lo sucesivo daré cuenta de toda publicación que se deposite en la casilla nº 533 de la COLECCIÓN ARIEL.

Envieme lista de suscritores probables!

Compro ejemplares del nº 1 de ARIEL á quienes no coleccionen esta publicación.